

EUGENIO EN MANOA

Rafael Cadenas
Universidad Central de Venezuela

A mí me cuesta mucho leer en estos días a Eugenio Montejo o hablar sobre él. No he podido escribir nada. Entonces, les ofrezco a leer una parte breve de la presentación que yo hice de su libro *Papiros amorosos* y después algunos de sus aforismos que, quizás, sirvan para suavizar nuestro duelo. La muerte de Eugenio realmente es una ausencia a la que no he podido acostumbrarme.

Creo que la poesía se ha valido de Eugenio para plasmar creaciones perdurables. En ese sentido, voy a tratar de darles mi impresión sobre su obra. Es evidente la importancia que en ella tiene su relación con el entorno inmediato, que si bien se mira se extiende ilimitadamente, pues sabemos que estamos en la tierra, girando con ella en el cosmos, y Eugenio no pierde de vista esta suprema y constante conexión. ¿Cómo se puede evadir la presencia del universo? Ese gran desconocido, a pesar de los descubrimientos de la física, en escribirle todos los días, pues con más lo hace no sé cómo. También está presente en esta poesía una tremenda atención a la impermanencia, al carácter transitorio de todo, el eterno fluir, aquello que si el yo llegara a aceptar es porque se ha transcendido a sí mismo, vale decir, ha dejado de ser el yo que conocemos. Por eso, en esta gran poesía, las cosas son y no son pues están dejando de ser, pasan y a la vez se quedan, desaparecen y se transfiguran.

Se trata de un mundo en movimiento incesante, de pérdida y memoria, que parece, sólo parece, recuperar lo que no está, lo ausente; allí nada es seguro, en la silla vive de otra manera el lejano árbol, éste habla con el pájaro, el tiempo no es lineal, en cualquier piedra viven los astros, la nieve no cae y sin embargo se apila en su no caer, los amigos salen a comprar bastimentos y no regresan, tardan y tardan, el mar es móvil e inmóvil, el gorrión es un minuto de pluma que el cielo ha vestido de saeta desaparece como todo, pero al igual que el poeta su vuelo siempre da en el blanco.

La cigarra se quema de música, se extingue entre las llamas de su canto, pero canta en nosotros desde sus cenizas, como él. Este es un vértigo sonoro que envuelve a quien se le acerca y lo admirable es que el poeta no cesa de señalar lo transitorio pero el canto prosigue, nada lo detiene ni lo apaga. Los ojos del poeta burlan el tiempo, son antiguos y pueden obviar lo que aún no existe, siempre con asombros.

Heráclito no está solo en las alas del tiempo, sino en esta poesía que en medio de su torbellino también resume mucha infancia y ella es parte del trasfondo que la anima. Todo está interconectado, la ciencia y los sentidos nos lo dicen pero no poéticamente. Las cosas sufren un trastocamiento: el pasado puede estar delante, el futuro detrás, ¿no es cierto? Cuando recordamos es como si estuviera ante nosotros, ante nuestros ojos lo recordado. Todo este vendaval de palabras necesarias ocurre dentro de una constante unidad de todo y una métrica muy personal que sigue las palpitaciones anímicas mediante las variaciones que producen el número de sílabas.

Eugenio combina alejandrinos, endecasílabos o eneasílabos, evitando así la uniformidad, se mantiene pues dentro y fuera de la tradición. Cuando tuve en mis manos este libro me dije: “¡Por fin poemas de amor!”, pues parece que ya no se usa. Los poetas como que no quieren escribirlos acaso por considerarlos ajenos a la postmodernidad.

El autor mismo sugiere antigüedad en el título, entonces pensé: “Hay alguien que no se avergüenza del tema”, que se atreve a decir “déjame que te ame, dame tu mano, amor mío”, pero Eugenio lo hace de tal modo que esas palabras recobran su peso. Rilke consideraba que los poetas jóvenes no debían escribir poesía de tema amoroso por las dificultades que ofrece, pero ellos siempre lo desoyen, incursionan –¿quién en su juventud no lo ha hecho?– en un territorio que según él está destinado a poetas con más años, más andadura y más experiencia, como Eugenio.

He estado varios días leyendo los *Papiros*... en casa, en el autobús, pues soy hombre de autobús, en un pequeño parque descuidado, en todas partes a donde la vida me ha llevado, nuestros pasos en realidad los da ella, a fin de tenerlo fresco para esta grata cita que nos permite, además de atisbar la rosa oculta que todos llevamos, vernos, saludarnos, reencontrarnos en medio de la tormenta en la cual vivimos que tiene no se qué de artificial pero también está llena

de peligros y sin señas realmente claras de un arboreal distinto. Tal vez porque somos de un país, que como dice un verso de Eugenio “No termina de enterrar a Gómez”. Ese verso equivale a muchas páginas de comentarios políticos.

Debo terminar pero no sin antes decirles que Eugenio está lejos del yoísmo, de lo obvio, del fanatismo que se nos ha impuesto; su recato personal literario, su carencia de énfasis, su devoción a la palabra sentida y verdadera constituye un buen antídoto en estos días. Léanlo, lean su poesía, oigan su música, es un ejercicio de depuración humana y del lenguaje, finalmente yo creo, y debo también decirlo, que Eugenio sí encontró a Manoa.

LECTURA DE AFORISMOS

Nos ha faltado hablar un poco del humor de Eugenio. Es algo que van a palpar en la lectura de estos aforismos.

Borges, que estornudaba por escrito.

Pobre cigarra, no sabe que somos sordos.

Solía vivir al borde de los superlativos.

De tanta música, al poeta le crecían las orejas.

El buen caníbal se devora a sí mismo.

Un gallo ronco que se creía Walt Whitman.

La creencia en un ser superior es un hecho musical. No es posible representar ninguna forma de divinidad sino bajo clave de música.

Cuando viajes trata de llevar el corazón puesto.

Pertenecía a esa clase de suicida que posterga indefinidamente su muerte por inconformidad con el estilo de su carta de despedida.

La guerra de Troya sólo pudo ocurrir antes de la invención de la fotografía. En su mayoría quienes peleaban por Helena no la habían visto nunca. Peleaban por verla.

Detrás de cada mujer va su serpiente.

La belleza viaja a una velocidad demasiado fugaz sobre la tierra.

En estos trópicos, la acción más radical y subversiva que se puede hacer consiste en escribir correctamente.

No trates de enseñar al gato a pisar más fuerte.

Una autobiografía es un medio excelente para hablar mal de sí mismo, nadie debería desaprovecharlo. (La verdad es que todos lo desaprovechan)

De nadie se puede decir realmente que ha envejecido hasta que comience a hablar mal de los demás. Si algún muchacho se aplica a injuriar desde temprana edad a los otros, podemos estar seguros de que es un anciano precoz.

(Por cierto, Eugenio –al menos conmigo– no hablaba mal de nadie. Bueno, del gobierno sí).

El gallo canta cuando algo le falta o algo le sobra. Su grito es un instrumento de equilibrio.

No hay que confiar demasiado en las palabras porque ellas son parte de nuestra propia imperfección.

Un pájaro que tomase conciencia en medio de su canto de lo que verdaderamente hace ya no sería un pájaro sino un Mozart.

Algunas hojas caen, no porque estén secas y haya llegado su tiempo, sino porque añoran demasiado a otras que ha caído antes.

Leeré el último, pero seguramente se han dado cuenta de que el pensamiento de Eugenio es poético.

El silencio es un piedra que debemos cubrir todos los días de nuestra vida.